

— Señores, gritó Luz con acento terrible, este matrimonio no puede verificarse, el señor Demuriez es casado en Francia.

Todas las miradas se volvieron al desposado, que lleno de terror y con el rostro desencajado permanecía estático en medio de aquella concurrencia que esperaba de sus labios una palabra.

— Señores, prosiguió Luz, he ahí las pruebas de su crimen, y arrojó las cartas y los retratos á los pies de Demuriez.

Clara al ver trémulo á su novio, conoció que su amiga no había mentido.

Entonces se alzó terrible, vengadora, y adelantándose resueltamente, arrancó la cruz de la Legion de Honor del pecho de Demuriez y la arrojó al suelo con desden.

— No es digno de llevar esa insignia el infame que engaña á una mujer.

Demuriez llevó las manos á su corazón y comenzó á sollozar con esfuerzo desesperado, y lanzó al fin una carcajada nerviosa y estridente que retumbó en toda la sala.

— Hola! gritó Clara á sus lacayos, sacad á ese miserable, yo lo arrojo de mi casa!

Una segunda carcajada acompañada de convulsiones horribles salió del pecho del comandante.

— Salid! pronto! volvió á decir Clara con acento imperioso.

Dos lacayos tomaron por los brazos á Demuriez y lo sacaron del salón.

Una tercera carcajada espantosa, último grado del acceso, acometió al desgraciado ya en las puertas de la casa.

A los pocos momentos se oyó la detonación de una pistola.

El comandante Demuriez se había levantado la tapa de los sesos.

— Señor, soy bisnieto de María, mi abuela, que era una señora de la nobleza en la capital de México, y que murió en el año de 1812.

— Señor Miramón, le respondió Escobedo, yo no quería decirle cosas tan graves.

— Le diré todo lo que sé, pero no me dirá más, porque yo no sé más.

— Le diré todo lo que sé, porque yo no sé más.

— Le diré todo lo que sé, porque yo no sé más.

— Le diré todo lo que sé, porque yo no sé más.

— Le diré todo lo que sé, porque yo no sé más.

— Le diré todo lo que sé, porque yo no sé más.

— Le diré todo lo que sé, porque yo no sé más.

— Le diré todo lo que sé, porque yo no sé más.

— Le diré todo lo que sé, porque yo no sé más.

Miramón no cesó de correr hasta encontrar la columna del general Castillo y emprender su retirada hasta Querétaro, previendo que las fuerzas de Escobedo y Leon Guzman se reunirían para darle el golpe de gracia.

La caballería republicana seguía su tenaz persecución á los dispersos, fusilando á todos los extranjeros que encontraba en su marcha.

Escobedo continuó su camino rumbo á San Luis Potosí.

Entre Ciénega Grande y la hacienda de los Campos, vió que una carreta se dirigía á encontrarle, saltó de su carroaje y esperó.

A los pocos minutos llegó la carreta con el jefe político de Villa García.

— Señor general, traigo un prisionero.

— Quién es? preguntó Escobedo.

— Don Joaquín Miramón.

Asomóse éste á la portezuela y con voz temblona y conmovida le habló al general.

—Señor, soy prisionero de guerra, mi vida está al arbitrio de usted, yo fio en su caballerosidad.

—Señor Miramon, respondió Escobedo, yo no atentaré contra la existencia de usted, daré parte á mi gobierno y cumpliré sus órdenes.

Joaquin Miramon venia herido de un pie.

El general dispuso que unos rifleros escoltaran al prisionero.

Inmediatamente se ofició á Zacatecas dando parte de la captura de Miramon.

El gobierno resolvió que dicho jefe fuese pasado por las armas con arreglo á la ley.

Escobedo recibió la orden al salir de San Felipe, y la trascribió á Treviño para su ejecución.

En un camino que por lo escabroso lleva el nombre de Escalerillas, está la hacienda de Tepetates.

Allí expiò en un patibulo Joaquin Miramon, una carrera de crímenes y depredaciones.

Su nombre se hizo célebre por la crudeltad e instintos sanguinarios de ese infeliz.

Entró como un criminal vulgar en el silencio de la tumba.

—Salid pronto, volvió a decir Clara, con acierto imperioso. Dos lacayos tomaron por los brazos á Demurie y lo sacaron del salón. I. Llegóse á la puerta y se oyeron pasos. II. Se oyeron voces y se abrió la puerta. La noticia de la derrota de San Jacinto llegó á México a las pocas horas de haberse recibido el parte de la toma de Zacatecas.

Profunda fué la impresión causada por este desastre.

El mariscal Bazaine recibió el parte en Ayotla y se dirigió á Maximiliano conjurándole á abandonar el territorio.

Maximiliano no se dignó contestar al jefe de la expedición francesa.

El desgraciado emperador llamó á Márquez y le entregó la situación,

sin manifestarle ese pánico que se apoderó de su alma desde aquellos momentos.

El cuerpo diplomático dirigió una nota colectiva al emperador, manifestándole que no tenía confianza alguna en los hombres á quienes confiaba la situación; porque uno de ellos estaba manchado con los horribles asesinatos de Tacubaya, y otro con el robo escandaloso de los fondos de la convención inglesa.

El cuerpo diplomático se espantaba de su obra.

El emperador tenía sobre su cabeza la espada de Damocles.

Márquez no estaba menos temeroso que su señor.

Publicó una proclama haciendo ostentación de sus sangrientos antecedentes, y un bando en que se traslucía el pánico que lo influenciaba.

He aquí los artículos de ese célebre edicto.

“Art. 1.º El toque de alarma para la ciudad, lo anunciará la esquila mayor de Catedral, que sonará por espacio de diez minutos.

Art. 2.º Al sonar dicho toque, todos los habitantes de la ciudad se retirarán á sus casas y permanecerán en ellas con las puertas cerradas, sin volver á salir ni asomarse á los balcones, ventanas y azoteas hasta que cese la alarma, lo cual será anunciado en Catedral por un repique de igual tiempo con la campana mayor.

Art. 3.º Todo individuo, sea cual fuere su categoría, que de cualquiera manera infrinja el anterior artículo, será castigado gubernativamente, según las circunstancias de la falta.

Art. 4.º En consecuencia, la fuerza armada, que estará situada convenientemente para la seguridad de la población, tendrá orden de reducir a prisión á los culpables, haciendo uso de la fuerza si fuere necesario.

Art. 5.º De la misma manera serán entregados y consignados al tribunal que corresponda, los individuos que se armen sin conocimiento de este cuartel general; que disparen una arma de fuego ó causen alarma por medio de alguna detonación; ejecuten cualquier demostración de hostilidad; que vieran palabras subversivas; que levanten la voz con gritos alarmantes ó sediciosos, ó que de cualquier modo promuevan el menor desorden.

Art. 6.º Inmediatamente que se dispare una arma de fuego ó se oiga alguna detonación, la fuerza armada se presentará en la casa donde haya salido el tiro ó producida la detonación; la puerta se abrirá de grado ó por fuerza, el culpable será aprehendido, y si no se encuentra, todos los habitantes de la casa serán castigados conforme al art. 3.º de este bando.

Art. 7.º Desde el momento en que se anuncia á la ciudad que ha cesado la alarma, todos sus habitantes quedan en libertad para abrir sus puertas, salir á la calle y ocuparse de sus negocios, con solo la circunstancia de no cometer ningún desorden, porque en caso de hacerlo será reprimido como queda aquí expresado.

Dado en el cuartel general de México á 5 de Febrero de 1867.

Este documento es curioso, porque es la historia sombría de la situación desesperante en que entraban los hombres de la intervención y de la monarquía.

Los conservadores estaban asustados hasta el terror.

—Esposa mia! exclamaba el señor de Fajardo, no percibo la razon toral de ese bando.

—Yo si, los disidentes son capaces de hacer una de las suyas en la ciudad, y se hacen de todo punto necesarias estas disposiciones.

—Ahora me alegra de no haberme mezclado en la política.

—Puf! dijo doña Canuta, qué hombre tan descarado!

—A tí te consta, Canuta, que yo siempre he sido republicano en el fondo, una cosa es que no me gusten las exageraciones, y otra que no sea liberal.

—Y la cruz de Guadalupe?

—La recibí en memoria de la Virgen y no por ostentacion ni adhesión a la intervención.

—Esto sí me hace hervir la sangre de rabia!

—Yo quiero al señor Juarez por su firmeza, ese hombre es de mi querida, yo soy así, ya me conoces, esposa mia.

—Lo que conozco es que no tienes un ápice de vergüenza.

—Canuta! Canuta!... yo le referiré al señor presidente el dia del triunfo, que me parece no estar lejano, la guerra intestina que tengo que sostener por mis ideas republicanas.

—Estos liberales de ultima hora me revientan.

—Pues estalla, querida mia, porque yo soy demócrata y casi chinaco.

—Calla, monstruo infernal!... calla, rinoceronte!... eres un camello, un hipopótamo!...

—Es tu boca una jaula de fieras, esposa mia!

—Yo nunca abdicare de mis ideas y propensiones monárquicas.

—Me alegro!... mira lo que resulta de abrigar á un solo francés en una casa, al pobre Cantolla, le roban algunas horas á su esposa, á don Alfonso se le escapa su hija Clara, y esa joven Guadalupe que tenía en depósito. Ese infeliz padre está hundido en la amargura, vamos, sobre que los desengaños me han vuelto al carril republicano.

III

—Eso es horrible, esposo mio!

—Sí, abominable, cada dia amo mas á nuestra hija.

—Oh! Luz, no me hables de ella, soy capaz de llorar, esa niña es mi vida.

—Y se casará con quien le diere la gana; ya lo oye usted, señora! se casará con el señor general Fernandez; yo lo mando, eh?

—Quién te contradice, hombre estúpido?

—No me replique usted, se casará y se casará dos veces, civil y eclesiásticamente, y si dispone el soberano congreso que haya un tercer matrimonio tanto mejor y.... ¡Dios mio!.... ese es el repique! ya llegan! pon cortinas, esposa mia!

—Hombre! si repican por el circular que está en San Juan de Dios!

—Ah! ya, eso es otra cosa, creía que el bando se iba á poner en vigor.

Doña Efigenia y el señor de Cantolla se presentaron en la escena.

—Efigenia, decía doña Canuta en voz baja a su amiga, cuéntame tu aventura.

Doña Efigenia puso los ojos en blanco, y dijo con voz doliente:

—¡Ay! la Francia es *charmant*, verdaderamente *espirituel*.

—Me dijeron que ibas en el carro de la cebada.

—Iba disfrazada de *cantinier*, oh! la *cantinier*!....

—Y cómo te arrancaron de los brazos del alferez *Poleon*?

—Por *barbarite*, por *estupidez*.

—Seria un lance terrible!

—*Afreux! mon Dieu! mon Dieu!* Mi adorado Poleon me *rapto* cuando yo estaba *cloroformizada* con su *amor*.... *amour*!.... llegamos al cuartel, los soldados me saludaron militarmente, yo era *leutenniana*, es decir *teniente*, como dicen ustedes en castellano.

—Hija mia, estás completamente afrancesada.

—La.... la....

—Ya solfeas?

—Deseara tomar la *copit*, Canuta de *moa*.

—Has tomado la costumbre del *ajeno*?

—*Coupons à Regulier* me *rapto* en *Bélgica* en *la* *guerra* *de* *la* *independencia* *de* *los* *Países* *Bajos*.

—Oui.

—Bien, cuéntame la manera conque tu esposo te sorprendió.

—Cantollet, es decir, Cantolla, se acercó al carro en que yo estaba *asselle*, y me dijo con voz halagüeña: “Bajate, amiga mia, no conoces la vergüenza, ese *mari* es un *cafre*.” Me condujo despues á la *maison* y....

—Quedo enterada, dijo doña Canuta y se dirigió al comedor con la señora Cantolla.

—Oí! Tú no me impresionas, soy capaz de todo; esa mala suerte es mía.

—Y es cosa mía con quien el diablo se meta.

—Cállate con el señor Benito! Te traigo; yo lo mandé, él

IV

—Quién es contigo que te lleva a ese sitio?

—Estamos perdidos, señor Fajardo, yo vengo á que usted me dé un consejo, tiemblo como un azogado.

—Yo?... no me ocurre qué decir á usted..., sé ha comprometido imprudentemente con los intervencionistas.

—Usted, señor de Fajardo?

—Yo no puedo revelar á ustedes el secreto de mi conducta, puedo comprometerme, mas tarde entraremos en explicaciones que dejarán satisfecho á todo el mundo: el Sr. Juarez....

—Hable usted, por Dios!

—Yo prometo proteger á mis buenos amigos.

—Yo tiemblo como un azogado; usted ignora que Porfirio Diaz, después de sus victorias en Oaxaca, Miahuatlán y la Carbonera, se dirige sobre la capital y ha llegado á Apizaco.

—Ah! sí, ya estoy al tanto, me ha escrito ese muchacho; vamos, si Porfirio es un calavera, que gana tengo de darle un abrazo!

—Pero hombre, ¿de dónde conoce usted al general Diaz?

—Yo le he visto desde que tenía seis años, y él me quiere mucho, eso es otra cosa, ha salido valiente el muchachuelo.

—Luego usted podrá presentarme al general?

—Pírdena usted cuidado.

—Yo estoy aturdido, Juarez ha entrado á San Luis.

—Sí, Benito no se ha portado mal, y lo que vamos á reir cuando le cuente mis aventuras!

—Corona y Régules marchan para Querétaro.

—¡Qué campechano es Régules! no me olvidaré de obsequiarlo con vinos de la Península; ¡cuántas veces los hemos tomado juntos!

—Pero usted está en comunicación con los jefes principales!

—Sí, señor de Cantolla, así así.... no hay que alabar.

—Es que estamos en jaque, y nos puede costar la cabeza.

—Eso habla con ustedes los intervencionistas.

—Y con usted, que ha sido el primero de ellos!

—Hombre, no se exalte usted, porque si rompemos, no hay nada de lo dicho.

—Yo sordo como en la Tierra Caliente; y ahora que hablamos de eso, el general Jimenez ya está con Porfirio Diaz.

—Buen chico es Jimenez, voy á buscarle un machete suriano, estoy seguro que agradecerá el obsequio de su antiguo amigo.

—Señor de Fajardo, ¿y á dónde ó de dónde conoce usted á Jimenez?

—Qué ignorante es usted!

—Responda usted categóricamente.

—Jimenez es tío de Altamirano, Altamirano es discípulo de Lacunza,

Lacunza es mi amigo, luego se infiere rectamente que Jimenez también

lo es.

—Hombre, no había caído, tiene usted razon que le sobra. Ocupémonos de algo serio; ¡ha hecho usted acopio de provisiones?

—Para qué?

—Para el sitio que se prepara.

—Usted sueña, luego que el emperador, como ustedes le llaman, salga, la ciudad se pronunciará por la República, y no habrá tal sitio.

—Señor de Fajardo, S. M. sale mañana para el Interior, quiere desalojar á Juarez de San Luis, abrir la campaña del Norte, del Sur, del Oriente, del Occidente, del Nordeste y Suroeste.

—Son muchas aperturas, amigo mío, temo que las puertas del imperio sean las que se cierran para los monárquicos.

—Ya en Tlapam están los disidentes, y en los pueblos todos de los alrededores comienza á escasear el maíz y los comestibles.

—Señor, dijo una criada, el teniente Estrada, que se desapareció con el espaldín y el mosquete, quiere hablar con usted.

—Que pase.

La criada salió inmediatamente.

—Señor de Cantolla, dijo el diplomático, usted va á ser mi compañero, conspiremos juntos.

—Ave María Purísima!

—No se asuste usted, es necesario ser liberal de última hora, la balanza está inclinada.

—Bien, conspiremos, pero que no lo sepa nadie ni nos escuche una mosca, ni nos perciba....

—No sea usted timorato.